



María de la Luz Licea *Una infancia*

por Emiliano Ruiz Parra

Llevo 20 años en Golondrinas (Ecatepec) y nunca había pasado tanto tiempo en un lugar. Esto es sedentarismo y yo era nómada, nací en Silao como pude haber nacido en Colima o Veracruz, y crecí en pueblos que no tenían agua, o en pueblos en donde nos metíamos a bañar a los ríos y mi mamá lavaba en una piedra. Mis papás trabajaban en una feria itinerante, eran enanitos bufos. Enanos de verdad no eran, sino personas normales que se pintaban de enanitos y el cuerpo les salía por encima de la tarima, y al final terminaba cantando mi mamá. Nosotros dormíamos abajo del foro, era nuestra cama, nuestra casa. Se tomaban sus tragos para echarle enjundia al sketch. Un día yo estaba gateando por ahí cuando dejaron la Pepsi y mi mamá iba a echarse un trago: "ay, Juan, qué malo eres, te tomaste la Pepsi y no me dejaste ni un trago, No, Güera, si tú te la tomaste..." así se estaban peleando cuando vieron que yo estaba caminando y mi mamá me olió: me había tomado toda la Pepsi preparada que traían y así, completamente borracha, fue como di mis primeros pasos.

Cuando cumplí siete años mi mamá quiso que nosotros estudiáramos y mi papá no quiso dejar esa vida. Se separaron y vinimos a dar al Distrito Federal, a una vecindad en Mesones 2, en el Centro. Había una panadería de españoles, la primaria Morelos, el Convento de las Vizcaínas y una zona roja en la calle de Aldaco, ¡qué cosas tan diferentes!, ¿no? Un convento y la zona de prostitución. Era una vecindad de dos pisos con un puesto de jugos en el zaguán y el local de la señora Goyita, que vendía cajas de cartón. Mi abuelo, Urbano Mata, también se dedicaba al cartón y llegamos a vivir con él, y mi vida con mi abuelo se me hacía muy buena, pero no a mi mamá... mi abuelo la tenía muy restringida, o la andaba siguiendo a ver si efectivamente iba a trabajar a donde decía, o si iba a trabajar y a dónde trabajaba, porque mi mamá lavaba ajeno y limpiaba casas. Y mi mamá era muy joven, y nos cambiamos a los cuartos de arriba de la misma vecindad, que eran de cartón y de madera de tarima. Se subía a



ellos desde una escalera de caracol de esas de fierro. En esas calles había varios hoteles a donde llegaban muchos artistas. ¿Se acuerda de Resortes? Él vivía en uno de esos hoteles, el que estaba enfrente de la casa. Mi hermano Javier se asomaba por la azotea y le gritaba ¡Chechotes!, hasta que Resortes se asomaba, y le aventaba una moneda.

Yo me quedaba con deseos de muchas cosas... ver que a un lado hay una posada y querer estar en esa posada pero ver que te hacen a un lado por ser el más pobre, el hijo de la señora que nunca está y que la tratan de todo menos de buena, "No se junten con esos niños porque su mamá esto, porque su mamá lo otro". Mi mamá tenía sus cosas buenas, sus cosas malas y sus cosas que llega uno a entender hasta que crece pero que no por eso dejan de doler. Mi mamá salió embarazada, no sé cómo, y fue un embarazo muy problemático, no podía trabajar. Mi hermano tenía como seis años y estuvo manteniendo la casa. Agarraba su cajita de chicles y se iba a vender chicles. Luego aprendió a bolear. Llegaba y decía "aquí hay para el petróleo", "aquí hay para los frijoles", porque en ese entonces teníamos estufa de petróleo. Cuando mi mamá se recuperó se iba a trabajar otra vez y a mí me tocaba el quehacer de la casa, cuidar de mis hermanos, ver que comieran, y si pasaba algo, sobre de mis huesos. Mi mamá me dejaba un gasto y yo pasaba al mercado de San Juan de Letrán, compraba el mandado y llegaba a hacer de comer a la casa. Mi hermano iba a la escuela en la tarde y tenía que irse comido, pero no daba tiempo y le iba a dejar su torta a la hora del recreo. Y eran palizas las que nos daban nuestros padres en aquel tiempo, con unas cacerolas de peltre pero gruesas, que las abollaba con los codos. O con los palos de escoba y el cordón de la plancha. O metía a mojar una reatita. Hasta la fecha tengo las marquitas de esos reatazos porque esas palizas siempre me tocaban a mí. Yo me convertía en la mamá de mis hermanos y cuando se los quería sonar yo ponía mi cuerpo. Para ellos o para mí, de todas maneras las palizas eran para mí.

Mi mamá tomó y estaba desesperada, no podía con tres hijos y se aventó de esa azotea de Mesones 2. Se aventó para abajo. Yo tendría como siete, ocho años. Me asomé y vi que parecía una muñequita rota, destrozada ahí abajo. Y le tapaba las caritas a mis hermanos para que no la vieran porque soy la mayor. De ese accidente estuvo hospitalizada un año en el Rubén Leñero. Más o menos se recuperó, porque quedó mal de su mano, de un pie, quedó, pobrecita, toda chueca y tiene cicatrices hasta la fecha, que tiene más de 80 años. Ese año que estuvo en el hospital nos fuimos a vivir con mi tío Hipólito por el Cerro de la Estrella, en Iztapalapa. En ese entonces era como aquí: había una casita por allá y bien lejos otra por acá. Para ir a la escuela caminábamos por veredas. Después nos regresamos al centro, otra vez con mi abuelito, que además me adoraba, todos decían que me parecía mucho a él. Me compraba esto, me compraba lo otro, cómo me consentía mi abuelito. Cuando acabé la primaria sólo me dediqué a mis hermanos. De mi papá sólo sabía que era alcohólico y andaba de acá para allá, bebiendo. Yo tenía como 14 años cuando vi a un borrachito en San Juan de Letrán que me pidió una limosna para seguir bebiendo. Yo tenía lo del gasto, ya había comprado el mandado, y pensé: hoy le doy a este señor, no faltará quien le dé a mi papá.

A mi papá lo volví a ver cuando tenía 15 años. Le avisaron a mi mamá que estaba enfermo y fui a verlo al hospital. Había sido muy enamorado, y dejó hijos por todos



lados mi santo padre, Juan Licea, en paz descanse condenado viejito. En esa ocasión estaba haciendo acostado en la cama del hospital y hacía figuritas de yeso, porque ya no se dedicaba a los enanos bufos, sino que tenía un puesto de tiro al blanco en las ferias. Recuerdo que me dijo "Mira hasta dónde traes esa falda", y yo le contesté "Si no le gusta déme para comprarme una y me la compro al gusto que usted quiera que yo vista". Se quedó en silencio y me dijo: usted no es mala, me contesta así por coraje, pero sé que usted no es mala. "Sé que eres buena porque te pedí una moneda para beber y me la diste", "¿Yo le di una limosna a usted?", "Sí, hija, tú venías de la escuela y yo quería verlos, y fui ahí donde yo sabía que ustedes vivían, y te vi venir, eres inconfundible, y te pedí para un taco, y me diste, tú no sabías que era tu papá, y ahí supe que eras buena". Mi papá todavía se levantó de ahí y vivió como tres años, y luego nos avisaron que se murió de alcohólico. Es duro, es difícil cuando se ponen a meditar las cosas más adelante, ¿no cree?

Emiliano Ruiz Parra (México, 1982) es autor de tres libros de periodismo (Ovejas negras, Los hijos de la ira, Obra negra). Licenciado en Letras Hispánicas por la UNAM y maestro en Teoría Política por University College London, fue reportero diarista en Reforma y su trabajo se ha publicado en medios internacionales como The New York Times, El País e Internazionale. Fue finalista del I Premio Internacional de Crónica de la Editorial Anagrama en 2019. Actualmente es el director de la Unidad de Investigaciones Periodísticas de la UNAM.

emilianorp@gmail.com